

Agustín García Calvo, a contratiempo

Max Hidalgo Nácher – *Universitat de Barcelona* – GEXEL

Cómo matar a la muerte.
Agustín García Calvo y la filosofía de la contracultura
Jordi Carmona Hurtado
Madrid: La Oveja Roja, 2022
288 páginas

Hacía falta que alguien publicara un ensayo como el que aquí presentamos. Había que volver sobre uno de los pensadores más prolíficos y radicales de nuestra historia reciente, y hacerlo sin reverencia ni condescendencia, para sacarlo del aislamiento y del olvido, y darle un lugar en la escena política y cultural contemporánea. No deja de ser significativo que este sea el primer ensayo dedicado por entero a la figura y el recorrido de García Calvo. García Calvo, uno de nuestros abuelos, que fue y que no fue —entre tantas otras cosas— poeta, traductor, dramaturgo, filólogo y orador infatigable, perseguido por la policía franquista y relegado por el consenso democrático; uno de esos abuelos que Jordi Carmona no se explica cómo no ha sido leído y reivindicado por los movimientos políticos actuales. Alguien que fue entre muchas otras cosas maestro de Fernando Savater, y en cuyas tertulias podían encontrarse Leopoldo María Panero y Jorge Alemán. Hay, en ese sentido, toda una época sobre la que cabría volver a partir de una constelación en la que se cruzan los nombres de Chicho Sánchez Ferlosio, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Víctor Erice, Isabel Escudero y de tantos y tantos más... Desde el Círculo Lingüístico de Madrid —efímera tertulia madrileña celebrada en casa de Rafael Sánchez Ferlosio y en la que participaban Carlos Peregrín Otero, Isabel Llácer, Carlos Piera y Víctor Sánchez de Zavala— hasta la Escuela de Lingüística, Lógica y Artes del Lenguaje, que llegó a funcionar entre 1988 y 1991, pero también —hilo que sigue este libro— desde las revueltas universitarias de los años sesenta impulsadas por el grupo de los «ácratas» hasta las revueltas indignadas de 2011, este libro presenta a García Calvo como un agitador cultural que bien podría figurar la «fuente nocturna», el «sol negro de la acracia»: el eslabón perdido de la contracultura.

Esa podríamos decir que es una de las tesis centrales de *Cómo matar a la muerte*. Ahora bien, más que en la literalidad de esa tesis, conviene prestar atención al modo en que este libro plantea un campo de problemas y abre un espacio para el pensamiento y la discusión en el que se vuelve sobre García Calvo en relación con la contracultura, el izquierdismo del 68 y el pensamiento contemporáneo. Todo ello, a partir de la constatación asombrada de una evidencia, que formula el autor en sus primeras páginas: ¿por qué no había llegado yo antes a García Calvo? ¿Qué me separaba de él? Lo que nos permite formular el mismo problema desde

una perspectiva más general: ¿por qué tantas veces no conocemos a los mejores autores, a los más singulares, a aquellos que se desviaron del camino, que rechazaron la norma, que hicieron de la errancia o de la perseverancia su modo de ser y de vivir? El 15-M funciona aquí como momento de emergencia que le permite preguntarse a Jordi Carmona por esa extraña ausencia. García Calvo sería una suerte de agujero negro que habría quedado sustraído a la visión, pero a partir del cual podrían reconstruirse algunas derivas de la contracultura y del pensamiento crítico españoles. Pues, en efecto, este orador zamorano que invocaba un pueblo-que-no-existe, estuvo en Sol en el 15-M sosteniendo la asamblea libre que había llevado consigo, como forma de vida, desde por lo menos 1965. Y, aunque ahí tampoco se encontraron las trayectorias de Jordi Carmona y de García Calvo más que bajo la forma del desencuentro en las asambleas de «política a largo plazo» de Sol, ese acontecimiento sirve como desencadenante de una nueva temporalidad.

Con todo ello, este libro trama una doble intriga. En primer lugar, evidencia la historia de una de tantas exclusiones que constituyen nuestra cultura y, al hacerlo, nos permite formular la siguiente pregunta: ¿cómo dar cuenta de los incontables secuestros perpetrados por la razón de Estado y por el conformismo del medio académico e intelectual de un Régimen, el del Consenso, que se mueve en una lógica de exclusiones, que no perdona la disidencia y, en el caso de García Calvo, su pensamiento y práctica de lo negativo? En segundo lugar, parte de la constatación de un vacío, que se manifiesta de manera clara en dos aportaciones fundamentales en sus respectivos campos. En *Culpables por la literatura* (2017) de Germán Labrador, donde se narran las peripecias de una ciudadanía libertaria y de una juventud transicional, apenas aparecen referencias a García Calvo, que aquí se presenta como maestro de la acracia contracultural. Del mismo modo, Francisco Vázquez García, en sus estudios pioneros *La filosofía española: herederos y pretendientes, una lectura sociológica (1963-1990)* (2009) e *Hijos de Dionisos: sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968-1985)* (2014) solo se refiere a él puntualmente, sin detenerse en su obra al analizar los procesos de institucionalización de las nuevas corrientes filosóficas en España. Como recuerda Carmona, en el primero de los dos libros el estudio sobre García Calvo se reduce al nivel de la *hexis* (disposiciones corporales del *habitus*). Donde no podemos dejar de ver cómo —más allá del libro de Vázquez García, que abre un campo de pensamiento— en el caso de García Calvo el personaje ha tendido a comerse a la cosa, la máscara al pensamiento.

Este libro, que se presenta, explícitamente, en una de sus facetas como un suplemento al de Germán Labrador, muestra por otro lado las dificultades que tenemos en este país para pensar las singularidades. Algo que por lo demás ya ha sido señalado, en relación con la historiografía literaria, por autores tan diversos como Max Aub, Juan Goytisolo y Miguel

Casado, los cuales constatan cómo nuestra historiografía reposa muchas veces, cuando no en la repetición acrítica o interesada de la mentira, en una tendencia a imponer categorías generales, finalmente normativas, a lo estudiado, para proyectarlo en un espacio tendencialmente homogéneo y, por lo tanto, ahistórico. Solo rompiendo esos relatos preformados podremos entender cómo García Calvo, como tantos otros, no podría encajar en unos esquemas críticos e historiográficos contra los que luchó toda su vida. Carmona no solo denuncia un estado de cosas, sino que ensaya modos de activar la potencia de pensamiento de García Calvo para lanzarlo hacia el porvenir.

Cabe señalar también, en este sentido, cómo el diseño de la cubierta del libro capta muy bien el gesto que propone. El libro se nos presenta —en una cuidada edición con una portada espléndida que acompaña muy bien el gesto del ensayo— como una carta. Se trata, pues, de un envío. O, mejor dicho, de un reenvío. Se sabe que García Calvo empezó a escribir con más intensidad —o, en todo caso, a hacer circular sus textos— a partir de su expulsión de la Universidad Central de Madrid (la actual Complutense) en 1965 y de su exilio francés, retomando una tradición exílica que remonta hasta Ovidio, lo que le permitiría suplir el diálogo que sostenía en la asamblea libre que llevaba consigo dondequiera que fuera. La interrupción que supuso su expulsión académica y la ausencia de contacto con los estudiantes españoles serían las que habrían dado lugar a una serie de escritos en forma de carta, como el *Comunicado urgente contra el Despilfarro*, datado en 1972 y publicado por La Banda de Moebius en 1977, en cuya portada se ven sendos sellos de 1970 y 1974 y cuyo remitente es la comuna antinacionalista zamorana. El diseño de la edición de *Cómo matar a la muerte* retoma esa portada para presentar un ensayo en forma de carta que Jordi Carmona y La Oveja Roja nos envían a nosotros, contrafirmada y a contratiempo, para lanzarla al porvenir.

El libro tiende la posibilidad de una contratradición castellana. Como escribía Adorno, lo fundamental en la tradición es lo dejado de lado, lo derrotado: ese es el lugar en el que busca refugio lo vivo de la tradición. Una tradición en los márgenes que nada tiene que ver con el tradicionalismo nacional-católico de Menéndez Pelayo, quien dividía la cultura española entre ortodoxos y heterodoxos, sino que justamente entiende la tradición como la entendía José Bergamín, uno de nuestros bisabuelos secuestrados, cuando afirmaba que «toda tradición verdadera suele parecer revolucionaria».

Hoy en día, cuando la antigua ortodoxia —que, al proyectar su sombra, dictaba anatema contra cualquier diferencia o «heterodoxia»— parecería haber quedado atrás, nos encontramos con que, lejos de ello, algo de su fuerza persiste en las actuales remisiones a la «normalidad», una categoría que sigue estructurando gran parte de los debates historiográficos del campo liberal (el cual, hasta hace poco, se confundía en gran medida

con el hispanismo). Esos debates siguen estando gobernados muchas veces por un dispositivo de captura que construye un relato lineal que separa el pasado del presente para justificar este último a partir de un consenso democrático que hace tiempo que se ha venido abajo. Cabe observar, en ese sentido, cómo hay un pasado que no ha dejado de pasar —al tiempo que hay algo de ese pasado que no deja de no pasar—, y cómo, en el espacio del consenso democrático que se abre en los años ochenta, pueden constatarse las herencias, cuando no la pervivencia, de algunos estratos culturales y políticos del franquismo en la posdictadura que llega hasta nuestros días.

Contra el tradicionalismo, Carmona invoca las tradiciones: las tradiciones vivas que quedarían traicionadas si quisieran conservarse, tal como mostraba de manera convincente García Calvo en *Historia contra tradición. Tradición contra historia* (1983), y que solo podremos activar, como ya constataba en su propia experiencia Juan Goytisolo, a partir de una traición al mito de España. Este libro parte de la clara conciencia —que aparece declinada de múltiples modos a través del siglo XX— de que la tradición no se hereda, sino que se conquista. Mucho más en un país como el nuestro, en el que las cuatro décadas de la dictadura franquista han dejado sus marcas. Carmona pone en práctica de ese modo un trabajo de excavación: vuelve sobre nuestro pasado y nuestros antepasados para ver qué nos separa de ellos y para denunciar un secuestro. Como en los versos de Rafael Sánchez Ferlosio retomados por García Calvo («Carabelas de Colón, / todavía estáis a tiempo...»), el autor de *Cómo matar a la muerte* también se dice: «¡Atrás, a contratiempo!». En este caso, no para restituir una verdad o un tiempo anterior a la historia, sino —mostrando que la historia que ha sido no es la que tuvo que ser, y que el modo que hemos tenido hasta hace poco de pensarla y de contárnosla, tampoco— para hacer posible otras formas de vida y de pensamiento. Se trata, pues, de rescatar la potencia de lo anacrónico para pensar lo contemporáneo, entendiendo que las temporalidades que habitamos son múltiples y que para pensar lo excluido se hace preciso poner en duda la homogeneidad de un tiempo constituido. Como escribía Werner Hamacher, en sus *95 tesis sobre la Filología*, «no se repite lo pasado, sino lo que de él va al futuro. La filología repite ese proceso y busca del futuro lo que falta del pasado». El filólogo García Calvo abominaba del futuro y, muy probablemente, se hubiera negado a dialogar con una tesis así atendiendo a la literalidad del enunciado (aunque, ¿quién sabe?); sea como sea, en su práctica poética, dramática, de traducción..., ¿no hacía exactamente eso, buscar, no en el futuro, sino en el porvenir de un pueblo-que-no-existe, algo de aquello que había sido sustraído de nuestro pasado?

Vale la pena citar por extenso un fragmento de *Cómo matar a la muerte* en el que aparece la pregunta por el pueblo:

Es imposible cultivar una tradición sin transformarla [...]. El pueblo no existe, como decía García Calvo; el pueblo siempre es minoría, como escribió Bergamín [...]. Si queremos realmente encontrar nuestras raíces hay que escarbar un poco más hondo y en algún momento nos toparemos con fosas comunes. Entendiendo las fosas comunes no solo como un hecho específico de la guerra civil, sino como un dispositivo necropolítico propio de la soberanía a la española, que afecta también y plenamente a la cultura. Nuestras raíces han sido arrancadas no por algún perro de paja como la posmodernidad, sino por la contra-revolución franquista. Mientras las fosas comunes se mantengan operativas, mientras la cultura española surgida de la transición continúe marginalizando y expulsando a fosas comunes contra-culturales todo lo que no comulgue con este dispositivo, esa contra-revolución seguirá en marcha.

Toda esa nostalgia, que por otra parte resulta perfectamente comprensible ante el caos del presente, por la «vida de nuestros padres», será vana o algo peor mientras no se asimile que no tenemos raíces, que en España *no tenemos a nuestros muertos*. Que se nos despojó de nuestro pasado, de lo que vivía en nuestro pasado, de lo que luchaba por otra cosa, que al mismo tiempo era el sueño de emancipación genuinamente español del comunismo libertario. Se nos despojó, se nos despoja sin cesar de todos nuestros rebeldes, de todos nuestros poetas, de los mejores de los nuestros. Y la modernización y el «globalismo» tan lamentado por los nuevos conservadores de izquierda solo pudo desarrollarse desde ese tipo de subjetividad franquista sin raíces, que no solo fue impuesta por la violencia de la muerte, sino por la violencia todavía peor de *la muerte del muerto*, de la fosa común. Por eso no tenemos acceso directo a nuestros muertos, no sabemos dónde están, o no están junto a nosotrxs; sus cuerpos reposan literalmente en fosas comunes o en cementerios del extranjero. Por eso, para poder realmente decir «vivan nuestros muertos» hay que decir primero «muerte a la muerte», y hay de hecho que matar a la muerte en todos sus aspectos y rostros, hay que escapar de los reinos del Señor. Y esa es la lección esencial de García Calvo en relación con la Transición: si se quiere construir otra España, hay que empezar primero por destruir completamente la que hay (2022: 196-198).

Ese fragmento nos pone en la pista de un problema mayor: el de la eliminación de una tradición revolucionaria que era un pensamiento popular, al que no deberíamos de tener miedo en llamar, conservando abiertos los oídos para dejar resonar en él su historicidad, populismo. José Bergamín, María Zambrano, Federico García Lorca, Antonio Machado y su Juan de Mairena, y tantos y tantos más, que por serlo eran multitud, asistieron durante los años treinta a la emergencia de un nuevo sujeto político y poético que traía consigo una promesa de transformación. Sin esa clave no puede entenderse la singularidad del clásico y cordial Juan de Mairena, pero tampoco un texto atravesado por las técnicas del montaje vanguardistas y de la superposición de tiempos como «La decadencia del analfabetismo» de José Bergamín. En la España de los años treinta, el pueblo en Machado era una evidencia, algo que bastaba con escuchar y a lo que, sin embargo, había que prestarle voz para hacerlo audible. En Bergamín, en esa misma época, era ya una fuerza revolucionaria.

Ahora bien, después de la guerra civil —y no hay que olvidar que García Calvo, que nació en 1926, vivió esa guerra—, el pueblo del que hablaba Bergamín se convirtió, en el exilio, en un pueblo peregrino —que vale tanto por «extraño» como por «extranjero»—. La «España peregrina» a la que se referían los exiliados republicanos era una España fuera de sí que confiaba aún por entonces con volver a establecer una conexión con la España que habían abandonado. Ahora bien, si bien Bergamín volvió a España en 1958, fue expulsado del país de nuevo en 1963 —solo dos años antes del expediente a García Calvo— por orden del Ministro de Información, Manuel Fraga Iribarne. Desde ese momento, ya en Francia, Bergamín empezará a considerarse un fantasma. Podemos pensar, así, que el pueblo que tan esqueléticamente encarnara se convirtió, desde entonces, en un pueblo fantasmal, marcado justamente por la imposibilidad en un mundo histórico que lo relegó a la condición de resto: a la condición de algo que no existe, pero que no dejará de volver y de insistir en tanto que imposible (*El imposible* fue, por cierto, un proyecto fracasado de «periódico del revés» de García Calvo). Ese problema, que emerge en las imágenes de *Los ángeles exterminados* (1967) de Bergamín y Mitrani, aún atraviesa las últimas tertulias de García Calvo cuando, para hablar del pueblo, se referirá a un «pueblo-que-no-existe».

Ese pueblo inexistente es así un pueblo sojuzgado, sustituido por una imagen totalitaria y por una suma personal de súbditos, contradicción aparente en la cual, sin embargo, García Calvo reconocía la modalidad establecida de la fe en la realidad y en lo existente, en la que «subjetividad» y «objetividad», Persona y Estado, aparecían como dos caras complementarias de lo Mismo. En ese sentido, este libro —que habla de muchas otras cosas— nos permite también asomarnos a la ceguera paranoica de la Persona y del Estado. Para ello, Carmona ha consultado en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares unos informes de espionaje, provenientes del Gabinete de Enlace, que —junto con la violencia e indigencia de la que dan cuenta— adquieren retrospectivamente un innegable componente cómico que probablemente hubieran hecho las delicias del autor de la farsa *Bobomundo*. Los «monos rabones» (*Bobomundo*) sapientísimos de la policía no reconocen para nada la singularidad de las formas de vida que pone en práctica de modo colectivo el círculo de García Calvo. En lugar de eso, proyectan categorías generales —sus propias ideas fijas— a partir de las cuales surgen las acusaciones de marxismo y comunismo, ligadas a su vez a las acusaciones de perversión y desviación sexual. Esa imposibilidad de leer, de ver, de escuchar, de palpar el mundo —en fin, de sentir— no es ajena al «viva la muerte» fascista, al que sin embargo le puede por momentos la tentación y el placer de una vida marcada ahora por el cuño de lo prohibido. Aparece aquí una figura del censor y del espía, defensores del Orden, convertidos en voyeurs, excitándose al poner ante sus ojos —siempre a

través de una imaginación desaforada— los presumidos excesos de unos supuestos depravados que seguirían a alguien que «defiende el amor libre —que él mismo ha predicado (*sic*) con alguna alumna y que, según informaciones fidelignas (*sic*), practicaban algunos de sus discípulos—, la homosexualidad, el suicidio». Ese mismo informe comenta que en su grupo de alumnos «figuraban algunos homosexuales» y que «en cierta ocasión, como consecuencia de sus explicaciones, una alumna propuso a otra besarse en la boca “para saber como (*sic*) es eso”». Vale la pena recordar aquí el retrato que se da de él, en tanto que *hombre infame*, a 9 de diciembre de 1968:

Es hombre completamente amoral, poco equilibrado, libre pensador y ateo, que contrajo matrimonio cuando estudiaba el Bachillerato, al quedar embarazada su novia. Tuvo relaciones íntimas con otra mujer, con conocimiento de la suya y llegando a alternar con ambas a la vez, afirmando cínicamente que necesita una amante para llegar a la plenitud de sus extasis (*sic*) intelectuales. Es también aficionado a las drogas estimulantes.

Este informe señala también que, tras el suicidio de uno de sus estudiantes («por contrariedad en los exámenes»), el grupo de García Calvo fue al entierro y abrió el ataúd para «prorrumpir en alabanzas y exclamaciones, elogiando el valor del suicida, que había tenido la decisión de quitarse la vida por ser consecuente con sus ideas».

¿Qué responder ante este delirio? Quizás lo que cantaba Georges Brassens, y que tradujo el propio García Calvo:

¡Morir por una idea!: idea interesante;
por no tenerla, yo por poco fallecí:
pues los que la tenían, mayoría aplastante,
aullando “¡Muera, muera!” se echaron sobre mí.

Quizás valdría la pena, de hecho, hacer una antología de esos delirios policiales que, en no pocas ocasiones, siguen mediando las lecturas de nuestra tradición.

El libro de Carmona no solo excava en el pasado lejano, sino que también muestra cómo García Calvo, a partir de algún momento de los años ochenta y sobre todo en los noventa, fue viéndose rodeado de un aislamiento progresivo. En los años setenta su pensamiento friccionaba y entraba en contacto con grupos y plataformas de transformación colectiva de diversos tipos —basta ver sus intervenciones en *Triunfo*, *El viejo topo* o una publicación como *Lalia, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad* (1973) en Siglo XXI, hoy inencontrable— y friccionaba con una serie de cuerpos heterogéneos. Ahora bien, con la democracia la lógica de la vanguardia irá siendo sustituida en el campo de la política y del pensamiento por la lógica del consenso propia de lo que García Calvo llamó el Estado del Bienestar. Al no someterse a algunos de sus principios básicos, García Calvo —que empezará publicando en *El País* y acabará haciéndolo en *La Razón*— irá quedando progresivamente aislado. En ese sentido, la

fundación en 1979 de la editorial Lucina —que publicará desde entonces la gran mayoría de libros del autor junto con unos pocos más de otros autores cercanos como Isabel Escudero y Miguel Ángel Velasco— será una apuesta por la autogestión editorial que contribuye a crear un circuito autónomo. Podríamos decir, en este sentido, que el éxito de Lucina, que es innegable en la vocación de sostener una comunidad que se expande lenta pero persistentemente a través de las constantes reediciones, corrobora al mismo tiempo el fracaso de un proyecto de transformación del espacio político y cultural español. No se trata en este caso de un fracaso de Lucina, pero su existencia y su modo específico de articularse con sus lectores y con el campo editorial de la democracia da cuenta de ello. Ese aislamiento puede rastrearse también en la desaparición progresiva de citas y de nombres de autores en los textos de García Calvo, así como en una suerte de aparente rigidificación de su discurso que, sin embargo, da cuenta al mismo tiempo de la petrificación del espacio cultural que rechaza y al que dice no. Por otro lado, hay una gran distancia entre las lógicas que llevan, todavía en 1983, a que se le encargue componer el himno de la Comunidad Autónoma de Madrid por 1 peseta (y no cabe decir que quienes lo pedían no sabían a qué exponían el Ser de la Comunidad de Madrid al hacerle el encargo¹), que recibir los Premios Nacionales de Ensayo (por *Hablando de lo que habla* en 1990), de Literatura Dramática (*Baraja del rey don Pedro* en 1999) y de Traducción (por el conjunto de su obra en 2006) sin que las obras sea discutida ni las piezas de teatro representadas —lo que sigue siendo cierto, con muy pocas excepciones (quizás la más reciente, la representación de *Pasión (Farsa trágica)* por parte de Ester Bellver en el Centro Dramático Nacional y en La Abadía en 2019²), hasta el día de hoy—. Cabe afirmar que la contracultura quedó aislada y la obra de García Calvo, incluso con esos premios, también. Algo que sin duda no depende solamente de ellos, sino de toda una dinámica política, económica y cultural que fue afianzándose en los años ochenta, y a partir de la cual cabría reconstruir parcialmente algunos de los problemas de nuestro presente.

Este libro saca así a García Calvo de ese aislamiento y lo pone a dialogar y a friccionar con el pensamiento contemporáneo para que haga lo que pueda y, también, para que hagamos lo que podamos con él. En ese sentido, aunque tal vez Carmona no dice siempre propiamente, con fidelidad, lo que decía García Calvo (pero eso, ¿a quién le importaría?), hace algo más importante pues, escribiendo este libro, se percibe que ha aprendido a hacer algunas cosas que aquel hacía —y, reenviándonos a aquellos diálogos postales anteriormente referidos, nos las enseña—. Pues García Calvo decía que a los muertos hay que comérselos: y es lo que Jordi Carmona, desde la alegría y la práctica de lo profano o de lo plebeyo, ha hecho aquí, por si acaso no fuera meramente ilusorio el

empeño, y se pudiera liberar el pasado para hacer posible un porvenir. O, en los términos de García Calvo, que son aquí los nuestros, se pudiera matar a la muerte para que viva lo que sea y no se sabe.

Notas

- 1 Para quien no lo conozca, vale la pena leer el texto del que sigue siendo, hasta el día de hoy, el himno oficial de la Comunidad de Madrid, que encontrará fácilmente en internet.
- 2 Mientras escribo esta reseña, me entero de que se representa también *El cerco de Zamora* en dicha ciudad en este mes de julio.